



mayores en acción

7. *Salvemos de las bombas a España*

Desde las primeras noticias sobre las protestas que en estos días vive España, algo que a falta de otro nombre puede llamarse duda empezaría a visitar quién sabe cuántas mentes, por la justificada ironía que brota de los propios hechos y de las circunstancias, por natural preocupación, por amor al pueblo español, por la razón que fuese.

En Libia hay revueltas contra el gobierno (es un sistema, ¿no?) que encabeza el mandatario de ese país, y la OTAN, ayudada por subordinados y cómplices, y por el consejo de inseguridad mundial de una Organización llamada de Naciones Unidas pero que si lo fue ha dejado de serlo, santifica en términos de acción “humanitaria”, y consume inhumanamente, una agresión armada, bombardeos incluidos, contra el pueblo libio. Hay motivos, pues, para la “duda” aludida al inicio: ¿se gestará un crimen similar contra una España que algunas personas suponían adormecida y ahora está movilizadada, sobre todo por jóvenes a quienes los medios dominantes califican de “antisistema”?

No puede ser humanitario un crimen de lesa humanidad, independientemente del pueblo contra el cual se cometa, ya sea el serbio, el afgano, el iraquí, el libio, o cualquier otro. Pero, en el caso de España, la represión que internamente se aplique contra los gestores de un movimiento que hace recordar otro mayo, el francés de 1968, será también una acción de la OTAN. La acometería, o acomete ya, un gobierno supeditado a esa organización imperial, que los Estados Unidos coyundean, y a la que los dos partidos que hace años se alternan “democráticamente” en la Moncloa han prestado grandes servicios: recordemos las masacres de Serbia, Afganistán, Irak y Libia, en las que, también por turno, ambos se han cubierto de sangre inocente. Han tenido, uno, un mariscalito de falsa izquierda; otro, un fuhrercito de torcida derecha, sobresalientes los dos en su pigmeísmo moral.

Por cierto, y no ha faltado quien lo haya dicho, las fuerzas de la reacción planetaria se han quedado con las ganas de orquestar en Cuba algún conato de manifestaciones como las que hoy animan a España. Algo parecido a ellas habría dado pretexto para hacer lo que el fuhrercito español quería, y así lo declaró, que se

hiciera contra ella: lo que ahora mismo se hace contra Libia. En lugar de conatos tales, lo ocurrido en Cuba, pésele a quien le pese, es un proceso de participación masiva en torno a los lineamientos elaborados para perfeccionar y hacer más eficiente el funcionamiento de su sociedad.

En España, por el contrario, el gobierno “socialista” que reclamaba para su país el octavo lugar en la economía mundial, pronto se vio humillado por la necesidad de rogar una silla de invitado en el Grupo de los 20 (se la prestó, nadie creerá que por filantropía, el hitlercito francés), y casi en esos mismos días se vio obligado a reconocer la existencia de una crisis que tiene en paro laboral a no menos de cinco millones de personas, más del 20 por ciento, condenado así a la pobreza de la población en edad laboral. La crisis se siente con particular intensidad, pero no solo, entre los más jóvenes:



de la ilusionada resignación al mileurismo, han pasado a la comprobación de una realidad hartamente frustrante, el desempleo.

España es parte de la humanidad, y muchos de sus pobladores se han lanzado a las calles para mostrar su insatisfacción con un estado de cosas que ya no puede ocultarse tras la imagen del trabajo seguro y la magia de las hipotecas. Estas creaban en trabajadores y trabajadoras la ilusión de solvencia, al precio de convertirse en esclavos y esclavas de bancos y patrones. La anagnórisis se desató, sobre todo, desde la quiebra de la burbuja inmobiliaria, y desde que el dinero de los contribuyentes (el sudor de trabajadores y trabajadoras) se destinó a salvar a los pobres bancos.

Tal realidad explica la aparición del mayo español, que, con más de cincuenta ciudades envueltas en la pujanza, acaso supere en significación nacional al mayo francés. Pero tampoco hay que depender de datos estadísticos ni atascarse en su búsqueda. La importancia particular del mayo que está viviendo España la avala el mismo hecho de que, mientras en 1968 los ímpetus se asociaban a una efervescencia revolucionaria internacional, en 2011 parecía que el cinismo, la desvergüenza, la incertidumbre y la inercia más resignada cancelaban toda posibilidad de levantamiento emancipador, y aun de rechazo ostensible al statu quo.

Pero se han dado incluso señales de posible continuidad, en otros países de Europa, de la inesperada movilización. ¿Será que España puede convertirse en la Túnez de Europa? ¿Pasará a ser conocida mundial-



mente la Puerta del Sol por un nuevo, sacudidor contenido simbólico? Ocurra eso o no ocurra, una fuerte impronta simbólica, o acaso más que eso, se aprecia en el hecho de que el viejo topo parezca haber saltado por las grietas jóvenes de la sociedad.

En esas circunstancias urge salvar a España de muchos tipos diferentes de bombas. La porra policial al servicio del llamado Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o del llamado Partido Popular (PP), o de la identidad reconocible en la fusión clasista PPSOE (que existe de hecho aunque no esté inscrita en ningún registro institucional), puede desempeñar la función que las bombas cumplen o han cumplido en otros lares. Cualesquiera que sean, las armas del gobierno español sirven a la OTAN, en la cual metió él a su país



MÁNDANOS TU OPINIÓN, QUEREMOS MEJORAR TU REVISTA.

JUBILADOS Y PENSIONISTAS



mayores en acción

7. Salvemos de las bombas a España

precisamente en años en que también estaba alojado en la Moncloa el representante de turno del PSOE. En caso de que hubiera que descartar que España sufra, por una acción de la OTAN, bombardeos similares a los que hoy castigan al pueblo libio gracias a la complicidad, entre otros, del gobierno de la nación ibérica, en el que ahora ocupa otra vez su turno ese partido, hay que prever e impedir que sobre ella caigan otras bombas.

Al servicio del imperio y su Pentágono internacional, la OTAN, funcionan también bombas mediáticas. La propaganda dolosa califica de "antisistema" a quienes participan en el mayo español. Para desmentir desde la verdad esa argucia, entre quienes lo protagonizan hay voces que han declarado que en él también hay, de distintas edades, comunistas y otros portadores de rebeldía liberadora, y que si están contra del sistema es porque el sistema está contra ellos. No son anti-sistemas en términos abstractos: están, con mayor o menor grado de conciencia, contra el neoliberalismo.

La propaganda que ha encontrado en la expresión antisistema un modo de satanizar a quienes se pronuncian contra la realidad dominante, es la misma que ha acuñado la palabra radical como sinónimo de fundamentalismo irracional y violento, aunque nada es más fundamentalista, violento e irracional que el Imperio. Considerar que el capitalismo es el sistema, y no un sistema llamado a ser transitorio y remplazado por otro que propicie la salvación de la humanidad equivale a considerar que se ha llegado al espíritu absoluto, a un estado divino y definitivo en el funcionamiento social y, refritando a Hegel, decretar que se ha llegado al fin de la historia y únicamente desde viejos o nuevos modos de barbarie y salvajismo se puede ir contra lo que hoy es el mundo.

Y aun de otras bombas hay que salvar a España: por ejemplo, del hecho de que, al protestar contra la realidad que hoy representa un partido que usurpa los rótulos socialista y obrero, se abran las puertas de la Moncloa al que se autocalifica, hipócritamente, de popular. Quizás el mayo español esté preparando, si no lo hace ya posible, el camino para que el pueblo o los pueblos de ese estado plurinacional no tengan que

conformarse con votar por el menos malo, y del camino de ocupar la presidencia del país excluyan a malos y a peores. Tal vez se esté acercando el momento en que, sin sentirse arrastrados a alianzas electoreras coyunturales, los pueblos de España reclamen y constituyan una fuerza política que de veras los represente.

Una amiga española sostiene que, por lo pronto, cabe acariciar una esperanza, la de que ha llegado una coyuntura propicia para que las verdaderas fuerzas de izquierda, además de descubrir las insuficiencias de la realidad y de quienes intentan revertirla, se metan hasta las ingles en el cieno de la sociedad y busquen el modo de sanearla. No bastan las suspicacias contra aquellos a quienes suponemos imperfectos y no enteramente dignos de fiar.

Aún de otra bomba más pudiera ser necesario salvar a los pueblos de España. Pensando en esa arma, también mortífera, a quienes allí buscan transformar la realidad podría hacerseles una sugerencia: que aboguen por una democracia verdadera, no por una democracia real, no sea que la propaganda dominante los cite para decir que reclaman una democracia con monarquía, ¡delicioso oxímoron!

Si hubiera que añadir otra modalidad de bomba de la cual librar a España, entonces cabría mencionar esta: el peligro de que el mayo español sea un episodio importante pero pasajero, sin consecuencias sembradoras hacia el futuro. No, no merece quedar para eso la nueva manifestación de rebeldía de un pueblo que ya vio derrocado cruenta, brutalmente, uno de los grandes intentos revolucionarios del siglo pasado, uno de los tres empeños emancipadores más significativos que esa centuria conoció en el ámbito del idioma enriquecido por Cervantes: la Segunda República Española. Los otros fueron, por si alguien no los recordara, dos Revoluciones con mayúscula: la Mexicana y la Cubana. Esta, la más reciente, pero ya con más de medio siglo de andadura, sigue viva, a pesar del imperio que internacionalmente tiene cuartel general en la OTAN.

Luis TOLEDO SANDE
Escritor cubano. Fue Consejero Cultural de la Embajada de su país en España